

Lo caribeño en El son entero.

M.Sc. Isaac Licor Licor.

M.Sc. María Caridad Pérez Vega.

No hay dudas de que El son entero es uno de los más estilizados de los poemarios de Nicolás Guillén. Desde el punto de vista conceptual no existe otro sonero donde se aborde de manera tan precisa este aspecto. Es en este libro, donde de modo más intenso, el extraordinario poeta redunda en algunos temas de su poesía anterior y donde estos, bajo una nueva visión más conceptual ofrecen un tratamiento novedoso pero que les permite una autenticidad definida.

Entre los temas fundacionales retomados por Guillén en el poemario, son sustanciales los vinculados con el entorno geográfico y humano del Caribe, con sus ambientes naturales, sociales y políticos; también, como se sabe los que abordan el implacable fenómeno del mestizaje, cuyo estudio e interpretación han ofrecido tantas imágenes positivas como negativas de este Mediterráneo americano, cuna de múltiples lenguas, culturas y voces. No puede hablarse en términos de una cultura caribeña, sino en el vasto amasijo de culturas que dialogan en este espacio geográfico tan singular cuyo denominador común es el mar: un mar lleno de historias donde la imaginación confunde la realidad y la realidad a la imaginación y donde no en vano, Alejo Carpentier descubrió “lo real maravilloso americano”. Es justificado entonces, si se va a indagar en lo caribeño dentro de la poesía del gran antillano, que se tenga presente este corpus poético donde el Caribe no sorprende, sino que se nos ofrece, espumoso y colérico, pero con una firme voz de son cantado por una afinada multitud.

El breve poemario del El son entero se inicia con un poema que, como en otros libros de Nicolás Guillén, modela la estructura semántica del texto, es decir, se convierte en modelo enunciador de un cuerpo literario mucho más amplio. Esto ocurre con el poema Guitarra, de un alto simbolismo y que orienta la temática del texto enfocada hacia lo

popular. Dos razones esenciales asisten a este enunciado: la primera, es la presencia del metro octosílabo en combinación con el pentasílabo – marcas fundamentales en la poesía de juglaría en España-- y la segunda, la alusión a la guitarra como símbolo de lo antillano, lo cubano, lo insular, lo cultural porque hasta nuestro público femenino, cuando es comparada con el instrumento, asume que se le adjudican los atributos de perfección y belleza criolla que se le atribuyen y que simboliza la guitarra. En ese sentido de expresión de lo femenino que aporta el signo, se reajusta también el concepto de lo puro, tan diversamente sostenido en nuestro ámbito criollo, no exento del habitual machismo regional:]Cógela tú. Guitarrero,] límpiale de alcohol la boca,] y en esa guitarra toca,] tu son entero.

Esta visión simbólica de lo popular expresada por la guitarra que no solo se limita a la evocación de lo típico, lo criollo y también, de algún modo, lo femenino, aporta una esencia sustancialmente enriquecedora al poemario, al ser este también expresión de un mensaje artístico con un sentido plenamente abarcador. Un tanto parecido ocurre con el poema “Mi patria es dulce por fuera” que expresa una de las inquietudes latentes en el poeta: el destino funesto de nuestras islas, donde la naturaleza humana asfixiada por un injusto orden social es paradoja del esplendor tropical y la exuberancia de la flora. Mientras la palma el mar, el cielo tibio y azul ofrecen una imagen de prosperidad aparente, del trasfondo del paisaje brota, sostenida, la voz de los que padecen las injusticias sociales. Es la misma voz identificadora de la esencia dolorosa de las tierras conquistadas, que no se construye con resortes líricos improvisados, sino atendiendo al recurso de continuidad que expresa el símbolo anteriormente tratado cuya expresión sostiene en una metáfora que expresa el sentido del diálogo permanente entre el hombre antillano y la naturaleza a través de la guitarra y sus potencialidades comunicativas:

Un pájaro de madera

me trajo en su pico el canto

un pájaro de madera.

¡Ay, Cuba, si te dijera,

yo que te conozco tanto,
ay, Cuba, si te dijera,
que es de sangre tu palmera,
que es de sangre tu palmera,
y que tu mar es de llanto!

La esencia humana de este mensaje está plasmada en su carácter de voz colectiva y de espíritu agónico, donde el sentido de lo cubano, no menosprecia, sino patentiza el de lo caribeño por diversas razones, una porque Cuba es el entorno geográfico representativo del Caribe por su condición de Isla Mayor, porque es el escenario geográfico que le permite al poeta identificar al resto de la insularidad y por último y no menos importante porque Cuba, como todas las naciones caribeñas, forma parte de ese “destino común” de que hablara Federico de Onís y al cual hace alusión con frecuencia Roberto Fernández Retamar. Resulta entonces la guitarra, ese “pájaro de madera” la portavoz del mensaje, la que denuncia.

Junto a ese ambiente de lo agónico – ya sea que esté enunciado desde el símbolo o desde la más realista y cruda expresión de la barbarie humana—aparece el aporte más nítido del poemario a la revelación de la existencia de uno de los entes más pintorescos esenciales de los rostros identitarios del Caribe, nos referimos a la presencia de la esclavitud como práctica permanente con un propósito económico. Así, “Sudor y látigo” constituye la expresión más cabal sobre el tema racial que se convierte aquí en una imagen cruda, violenta, desgarradora, de soporte surrealista por lo onírico y por el modo en que el poeta irrumpe, de manera tajante, con la revelación de lo trágico: “El sol despertó temprano/ y encontró al negro descalzo/desnudo el cuerpo llagado/sobre el campo...”

El diálogo entre lo humano y el entorno natural aporta grandes textos al discurso de la adaptación cultural del negro antillano, primero como esclavo y después como “hombre libre”, sin embargo, hay mucho de sustancial en la naturaleza vegetal ofrecida por Nicolás

Guillén en *El son entero* y esta no aparece vinculada solamente con el negro africano, sino con que se expresa con un sentido más amplio de universalidad. En ese rumbo, aparece el poema: “Ébano real”, que exalta uno de los signos más elocuentes de lo que fuera en otro tiempo nuestro escenario forestal, pero también una solapada alusión a la fuerza y el vigor natural del hombre africano.: un ensalmo sostenido por jitanjáforas las cuales, si bien no expresan un contenido semántico propio, por su sonoridad, aluden a los timbres sonoros de las lenguas africanas percibidas por el oído del trópico.

No ocurre del mismo modo con los poemas “Ácana” y “Palma sola”. En el primero puede leerse la expresión de la soledad del hombre, su estado de existencia solitaria donde el diálogo se hace poco probable y la vida se trueca en monotonía, en existencia vacía. Dos enunciados del poema sugiere esa lectura, el primero de ellos, aborda esta existencia por medio de un recurso espacial casi desde una imagen plástica: “Allá dentro, en el monte/ donde la luz acaba,/allá en el monte adentro,/ ácana.” Queda claro este sentido de soledad y aislamiento expresado por el adverbio “adentro” el cual indica la profundidad de un silencio y la magnitud de una imposibilidad comunicativa. El segundo enunciado ofrece también una imagen de aislamiento, pero esta rehúye lo plástico y se conforma por medio de una actitud monológica, ante la imposibilidad del diálogo. La misma se consolida por el recurso de la reiteración: “ Ay, ácana con ácana/ con ácana;/ ay, ácana con ácana.../ Con ácana.”

En cambio, en el poema “Palma sola” la soledad aparece expresada de un modo más esencial, estilizado y simbólico; la soledad se enfrenta, se asume, no como un estado parasitario, inamovible o monológico, sino justificado en lo onírico, en la utopía, el propósito y en una rotunda voluntad dialógica:

La palma sola soñando,
palma sola,
que va libre por el viento,
libre y sola,
suelta de raíz y tierra,

suelta y sola,
cazadora de las nubes,
palma sola,
palma sola,
palma.

El tema de la soledad aparece evocado por estos tres iconos de nuestra flora caribeña: el ébano, el ácana y la palma. Los tres representan una soledad individual pero aprendida, que forma parte de sus vidas, es la soledad que compromete al hombre con su espacio vital también en una suerte de dialógica meditación. Este individuo, hombre de isla que se siente grande o pequeño en medio de una naturaleza que puede comprender y por lo tanto, compartir no siempre se vuelve hacia ella al sentirse solo, sino que a menudo, lo hace hacia sí mismo: “Cuando yo vine a este mundo/ nadie me estaba esperando/Así, mi dolor profundo/se me quita caminando...”

La soledad del pobre, del empequeñecido por los prejuicios raciales y clasistas y por el empuje de la propia pobreza ha sido uno de los temas esenciales con que Nicolás Guillén enfoca el entorno social y humano del Caribe en su poemario West Indies y que también deviene recurrente en El son entero, donde se aborda a su vez en una nostálgica evocación por parte del sujeto lírico. Esto explica, en buena medida, la inclusión de temas amorosos en el poemario, donde la ausencia del ser amado es la fuente temática más frecuente, como es el caso del bello romance: “Rosa, tu melancólica.” Y otros poemas donde la mujer vuelve a repetirse como una viñeta, no tan maniqueísta como la de Los motivos de son, pero sí con los encantos de lo folclórico; así ocurre en “Agua del recuerdo”:

Pasó una mulata de oro,
moño de seda en la nuca,
bata de cristal,
niña de espalda reciente,

tacón de reciente andar.”

Esta evocación de lo femenino no siempre aparece justificada por el tratamiento del tema amoroso, sino por la utilización estilizada de lo bello, lo hermoso, sensual y apetecible de lo mestizo, el signo lúbrico de la mulata tiene una presencia permanente en este resultado, mucho más en este mundo de marismas, encuentros y desencuentros, donde el mar resulta un punto de ida y regreso, pero también un cosmos, un espacio, una potencia expresiva de algo viril, veraz y masculino.

--Ay, mi mulata de oro fino,
ay, mi mulata de oro y plata,
con su amapola y su azahar,
al pie del mar hambriento y masculino,
al pie del mar.

¿No podría pensarse entonces que también aquí está representada la patria en esa imagen de islas mulatas que esperan impasibles y coquetas ser acariciadas o embestidas por el mar? Resulta concluyente el carácter protagónico de este asunto en el poemario, elemento que refuerza e inscribe otro de los grandes temas abordados en el mismo: el carácter insular de buena parte de nuestra geografía. Junto con el mar aparecen varios signos específicos que refuerzan la revelación de esta idea; uno de ellos se percibe en el poema “Turiguanó”, que revela el destino de esa pequeña isla al norte de Morón cuya riqueza la hizo objeto de la codicia, fue propiedad foránea muy rápidamente y la que en sentido simbólico, sintetiza la historia del Caribe insular, la de esas islas paradisíacas que, en manos de piratas, sienten eclipsada su belleza por el destino a que son conducidas. Otro signo de este destino insular se expresa en el tema de la piratería, asociado ineludiblemente a lo marítimo, pero con una connotación mucho más amplia en este caso, dada por la complejidad con que se aborda el tema en lo concerniente al significado del sujeto, es decir, el pirata que nos muestra Guillén ha sufrido en estas tierras un proceso de modernización y se adapta, con profunda vocación

mimética a toda una diversidad de prácticas arbitrarias tanto culturales como económicas. Si el pirata caribeño – producto típico del mar—fue en su tiempo el prototipo romántico del forajido buscador de libertad y riquezas, el nuevo prototipo presentado por Guillén manifiesta un contenido más novedoso y actualizado: es el pirata moderno que, en su afán de conquistar estas tierras, vendrá, “por el camino de la mar”, para traer:

.....

el pergamino de la ley,
la vara para malmedir,
y el látigo de castigar ,
y la sífilis del virrey,
y la muerte para dormir
sin despertar,
por el camino de la mar.

Pero no será el Caribe insular el único escenario abordado en este poemario de Nicolás Guillén, el ámbito continental su expresión singular en tres poemas especialmente reveladores del destino común de esta geografía: “ Una canción en el Magdalena”, -- dedicado a los bogas de esa arteria fluvial y en el que recrea todo un escenario social y humano donde ese hombre de tierra adentro comparte su miseria y su soledad desamparada con los demás. Soledad signada por el silencio sagrado del hombre de la selva. Sin embargo, en “El son venezolano” el sujeto lírico no es un ente impasible frente a su destino, sino una voz de profundo acento popular y de sostenida rebeldía social, es decir, una voz que expresa, con timbre profundamente humano, las vibraciones más delirantes de su propia desesperación:

Este es mi canto cerrado,
que en vez de cantar recito;
ahora lo digo pasito,
porque es cosa suya y mía,
pero así que llegue el día,
en vez cantar, ¡lo grito!

Sin embargo, este clamor prometido, encontrará su verdadera consumación en el siguiente poema: “Barlovento” donde el poeta, en sonoros pentasílabos, alude a la miseria sobre la cual debe levantarse la voz de los oprimidos y ofrece el escenario humano, patético, en el cual transcurre el mal vivir de los que, en medio de una naturaleza próspera y virgen, padecen enfermedades y abandono.

El último de los grandes temas caribeños en El son entero, está asociado con el mestizaje racial y cultural, hecho que lo convierte, quizás en uno de los más importantes de la poesía de Nicolás Guillén. Esta importancia radica entre otras cosas, en el empeño – recompensado con creces—del poeta cubano por perfilar, desde el complejo entramado artístico de su obra, el vasto y extenso proceso de formación de nuestra nacionalidad. Un poema emblemático de este propósito lo constituye “El son número 6” cuyo texto aborda, del modo más diverso que pueda concebirse, la explosiva diversidad racial y cultural presente en nuestra realidad caribeña. El poeta pone todo su empeño y maestría en la concepción estilística del poema – una diversidad métrica asombrosa que va desde el uso del tetrasílabo hasta el alejandrino – y patentiza con ello la multiplicidad de voces que se dan cita en el discurso cultural caribeño, voces incorporadas en tiempos diferentes pero que han encontrado respuestas a su clamor y donde no ha habido ninguna de tono superior porque incluso la más agonal, la que viene de África se incorpora al diálogo con una voluntad conciliadora: “ Lo mío es tuyo/lo tuyo es mío/ toda la sangre/ formando un río.”

Pero esa entrega no se produce desde una simple e ingenua voluntad comunicativa ni por efectos de una voluntad puerilmente integradora, sino desde la certeza de existir en

una conciencia colectiva, de la pertenencia a un grupo humano del cual se siente parte no solo porque intuye su presencia en la sangre del otro, sino porque se siente navegando en ese mismo río, que ya no lo conducirá a África, sino que ha ido perdiendo su rumbo -- o encontrándolo—por nuevas cosmogonías , por espacios ya reconocidos como suyos, por ámbitos litúrgicos de dioses antiguos recién reinventados. Es la convicción de una historia vivida en común, matizada por roces voluntarios y fortuitos pero que permiten a todas las partes, asumir un diálogo común: “Estamos juntos desde muy lejos,/jóvenes, viejos,/negros y blancos, todo mezclado...”

En torno a esta problemática de aspecto racial, pero al mismo tiempo de profunda raíz cultural, el autor de la “Balada de los dos abuelos” redundará en el tema de la mezcla al hacer énfasis en sus componentes protagónicos. Este hecho queda plasmado en dos poemas que resultan sintéticos y conclusivos de ese rumbo de su poesía: “Son para niños antillanos” y Poema con niños”. En ambos alude a la simbiosis étnica de nuestra cultura protagonizada por los dos componentes básicos de la mezcla, sin embargo, en el último, alude a otros componentes que, aunque llegados más tarde, también pusieron su impronta en la policromía de nuestros caracteres humanos. Pero la esencia de lo caribeño en este texto, la aporta la mezcla que queda como sedimento, es decir, los espectadores silenciosos pero atentos, testigos de los grandes cataclismos humanos a sabiendas de ser y sentirse el destino final:” el perfil definitivo del América” donde el hombre de estas tierras debe buscar su rostro verdadero...